

BARCELONA CÓMICA

PRIMERA ACTRIZ DRAMÁTICA



Dolores Estrada



Director: José Inglés.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION:

Calle del Hospital, 100 y 102, pral.
Horas de despacho: de 9 á 11 mañana

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal: trimestre. . . 2 pta s
Cuba y Puerto-Rico: semestre. . . 5 «
Extranjero: semestre. 6 «

Números atrasados 1 real.

GRÓNIGA



ODAVÍA se sigue hablando de las elecciones últimas en los círculos políticos. Con tan plausible motivo hay que oír lo que dicen de esos niños de Ecija conservadores.

Una cosa ha llamado la atención extraordinariamente. El elemento neutro, ese elemento que devora la pornografía, asiste á las revistas de traje corto y gana dinero con buenas ó malas artes, no ha dado señales de vida.

En cambio el elemento civil representado por los guardias municipales, barrenderos, empleados de consumos y mangueros, se ha multiplicado.

Un policía le decía á su mujer con ese lenguaje pintoresco, mitad catalan, mitad castellano:

—Saca la escudella, noya, que hoy he ganado bien las mongetas.

—¿Qué? ¿has llevado mucha gente á la perrera?

—No; he votado en siete colegios.

—¿De niños?

—No; electorales. Y no he votado más porque á lo último la cara se me caía de vergoña.

Un manguero que no sabía de letra fué *intreventor*, y apuntaba los electores como el oficial chileno del general Iparaguirregoi-corrotea en *Los sobrinos del capitán Grant*.

Los empleados de consumos también han cumplido con el deber conservador, y han dejado el día de elecciones sus puestos abandonados al matute, que se hizo en grande.

Vamos, que fué una farsa cómica para el elemento neutro, que presenciaba los toros desde la barrera.

En las próximas elecciones se dará una barraja á los presidentes de mesa para que hagan solitarios.

¡Como nadie ha de ir á votar!....

En Londres—en Londres había de ser—se ha intentado establecer una moda que hubiera favorecido al sexo fuerte, abriendo un ancho camino á las mujeres levantadas de cascos que reclaman su emancipación social.

Se ha tratado, á fin de fomentar la cría matrimonial, de que las señoras se declaren á los hombres y les hagan el amor.

Generalizar la isla de Sin Balandran, en una palabra.

Ya nos hubiera gustado entonces ver por esas calles á los sietemesinos seguidos por las pollas volcánicas y las jamonas incandescentes.

—Oigame V. dos palabras, caballero, sólo dos palabras.

—¡Atrevida! Haga V. el favor de dejarme en paz.

—Es V. el mozo más barbián de toda la Península.

—Si V. continúa se lo voy á decir á papá, que tiene un genio...

—Pero ven acá, retrechero, ¿á quién haces tú tilín? ¿á quien sacas tú de quicio?

—Si V. continúa me veré precisado á llamar á un municipal.

En las reuniones serán otras las escenas.

—Me quiere V. conceder este vals, Ricardito?

—V. me dispense, María de los Desamparados, pero le tengo ya comprometido con doña Mónica.

—¿Esa jamona con espolones?.... No haga V. caso y baile V. conmigo.

—V. me compromete, pero, en fin, vamos...

Llega D.^a Mónica y echa miradas de basilisco á María de los Desamparados.

Cuando se acaba el baile la pide una explicación.

Al día siguiente, un duelo.

Los raptos serán más frecuentes que ahora y constantemente leeremos en los periódicos:

«Ayer huyó de casa de sus padres un señorito no mal parecido. Lo más triste del caso es que la raptora es una mujer casada que ha abandonado á su esposo y siete hijos, que quedan en el mayor desconsuelo. Se sospecha que la enamorada pareja se ha embarcado para América.»

En otro se leerá:

«El sábado fué detenida una joven elegante de diez y siete años, que se empeñó en seguir á un señor muy conocido en la sociedad barcelonesa. El caso fué que al llegar á la calle de Escudillers, aprovechando un descuido, la joven dió un beso en la cara al caballero. Escusamos decir que el señor fué víctima de un ataque de nervios, siendo socorrido en la farmacia más cercana. La audaz sietemesina ha sido conducida al calabozo del Juzgado, donde á estas horas se hallará meditando sobre las consecuencias de su ardiente pasión.»

En otro:

«Bueno sería que las jóvenes que se colocan en la esquina del confitero Sr. Libre, moderasen sus expresiones, pues no puede pasar por allí ningún joven ni caballero de cierta edad, sin que se vean requebrados con chicoleos que no siempre son del mejor gusto. Que vayan á hacer *la osa* á otra parte.»

Se dice que la idea iniciada en Londres no ha prosperado, y ustedes convendrán conmigo que ha sido una verdadera lástima.

Si César Borgia viviese en la actualidad y residiese en España, ya sabemos el destino que desempeñaría, viniéndole que ni pintiparado: director de la Tabacalera.

Mal fumábamos cuando nos suministraba el gobierno aquellas *merluzas* de medio real y aquellas cagatillas de caoba hecha polvo; pero ahora parece que ponen agua tofana en el tabaco.

Además, la Tabacalera tiene el don de escoger los empleados.

Sin ir más lejos, su representante en Barcelona, el Sr. Moraleda, exinspector de policía en la Habana, coronel de ejército retirado, comandante de estado mayor y futuro diputado por Granollers si Dios no lo remedia, me trae unos líos de cesantías con los estanqueros, que no hay más que ver.

Sobre todo, las estanqueras son las que ponen á prueba sus altas dotes de rectitud.

A una que llevaba veinte años de servicio sin una falta, la sorprendió unos cigarros de contrabando que se llevó sin precintar ni levantar acta, cigarros que luego de tenerlos en casa el Sr. Moraleda, resultaron pecaminosos.

La estanquera, que tiene la contra de tener una hija guapa y honrada, que era la que iba á hacer las sacas, ha quedado cesante.

¡Así, Sr. Moraleda, energía, mucha energía, que aquí estamos nosotros para cantar sus proezas!

Los periódicos se escandalizan porque en *La Gaceta Oficial de Michocooan*, (Méjico), ha aparecido una tarifa de cruces españolas y títulos de nobleza. Según esa tarifa, por 30.000 pesetas le hacen á usted conde; vizconde por 25.000, y simple barón por tres mil duros.

Dicen los periódicos que eso es un timo que quieren dar á los mejicanos.

Yo creo que es un timo que están dando á los españoles.

El Sr. Gassó y Martí que tiene no sé qué cruz, nos podría informar, y si á él le costó dinero, cosa que no creemos, es que nos la están dando.

Ya en otras ocasiones se ha hablado de lo mismo, pero nosotros nunca lo hemos creído, y para desmentirlo, no tenemos inconveniente en poner en el fuego las manos.... de cualquier ministro conservador.

De todos modos, bien haya el tonto que todavía se ocupa en esas simplezas y da dinero por ellas.

Ahora solo falta que á los mejicanos les envíen los títulos, pero falsificados.

Más difícil es falsificar los de la Deuda y de higos á brevas siempre salta algún *artista* que lo hace.

Mirado el asunto bajo el punto de vista conservador, vender papeles de nobleza y quincalla siempre es un recurso más para los que mandan.

No para el Tesoro, que el pobre está en ayunas de estas cosas.

**

Pues señor, cada año moría un último veterano de Trafalgar, y ya creíamos agotada la especie, pero no es así.

En las islas Hyeres reside el último todavía. Se llama Cartigny. Si se equivocan un poco le llaman *Castagny*.

Este tal fué grumete *dans le Forrrrrmidable*, es cojo y tiene cien años.

Verán Vdes. como cuando desaparezca *Castagny* sale un *Pilongui* diciendo que él es el último.

Por mí, que no se mueran nunca, y ojalá mis nietos puedan asistir al último de los últimos combatientes de Trafalgar.

Que entonces ha de llamarse á la fuerza Matusalen.

DANIEL ORTÍZ.

Nota Intima

Fijos los ojos con anhelo ardiente en esa cartulina que retrata tu rostro sonriente, mi pecho entre suspiros se dilata y se abrasa mi frente con la impaciencia loca que tu semblante impávido provoca.....

En vano yo te imploro un suspiro, una frase, respuesta del «te adoro» que trémulo murmura el labio mio; no hay en tí mas que calma, mutismo, indiferencias ó desvío que torturan el alma y que agitan la mente en desvario.....

De amor en el exceso, sobre el querido labio, cuyo silencio al alma causa agravo, con fé sagrada deposito un beso; pero al sentir el frío que la tersura del retrato ofrece, vibra en mi corazón recuerdo ingrato ¡al ver cuánto el retrato al propio original se le parece!....

ANGEL MARTINEZ PEREZ.

VARIEDADES, por Fradera



¡Bella música á fé! ¡Cuál corresponde
su acento á mi pasión!
Esto lo oí con ella no sé donde...
¡¡Siempre ella, corazón!!
(Campoamor.)

Fradera

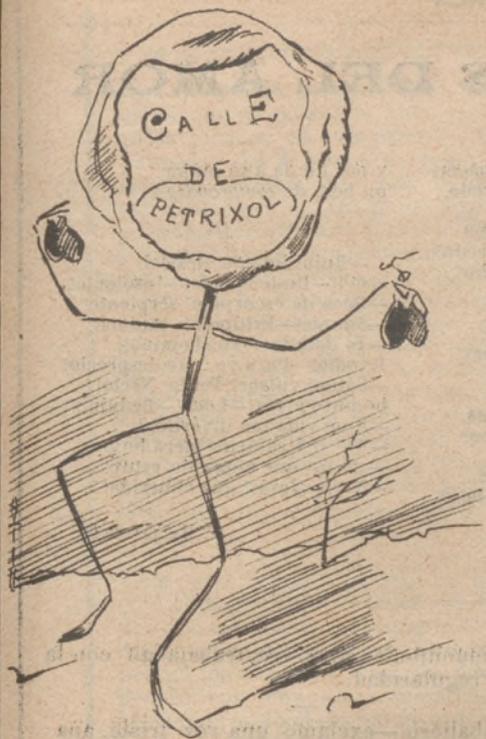


—Es V. pariente de D. Abdón?
—Sí, pero lejano.
—¿Qué es de V?
—Hermano.
—¡Y á eso llama V. pariente lejano!
—Ya lo creo; como que hay once hermanos
de por medio.



—No, si no es tajá que digamos lo que yo he cojio.

EXTRANGEROS, por Lago.



Un suizo.



Una turca.



Un inglés.



Un sueco.

R

LAS TRES ETAPAS DEL AMOR

I.

—Mi bien!—Mi amor!—Mi tesoro!
—Mi luz!—Mi imagen querida!
—¿Me quieres?—Con alma y vida!
—¿Y tú á mí?—Yo á tí. te adoro!...
—Me amas mucho?—Mucho, sí.
—Repítelo, bien amado,
ven, siéntate aquí, á mi lado,
¡cerca!... más cerca aún... ¡así!...
(y tras tan dulce embeleso,
los amantes en cuestión,
sellan su confirmación
con un amoroso beso.)

II.

—¿Me quieres, Luis?—Sí, mujer.
—Mucho?—Sí... (cuánto sufrir.)
Va ya, adios.—Vas á salir

tan pronto!...—Tengo que hacer.
—Espera un poco...—No puedo,
porque tengo mucha prisa.
—¿Tanto te urge y te precisa?
—Mucho!...—Será algún enredo!...
—¡Un enredo!... Qué capricho!...
¿Háse visto estupidez?...
—Mira: procura otra vez
no repetir lo que has dicho.
—¡Bah! de qué modo lo tomas!
Si era broma...—Bien está:
pero te advierto, que ya
me van cansando tus bromas.
—Te has enfadado; ¿no es eso?
pues, para desenojarte
voy ahora mismo, á pagarte...
—Con qué?—Con un tierno beso!
(queda el marido indeciso,
pero se ha de resolver,

y por fin dá á su mujer
un beso de *compromiso*.)

III.

—Ruín! infame! desleal!
cruel!—Deslenguada!—Insolente!
—Boca de escorpión! serpiente!
—Simple!—Estúpida!—Animal!
—Te detesto!—Te abomino!
Te odio!—Pues yo... te desprecio.
—Fátuo! vulgar! Tonto! Nécio!
hombre atroz!—Loca!—Beduino!
—¡Qué vida tan divertida!
—Ah! si á casarme fuera hoy!
—¡Jesús! qué aburrido estoy!
—Y yo, ¡Jesús! qué aburrida!...

F. BALLESTEROS.

Orgullo justificado



El pobre diablo atravesaba por la Puerta del Sol, con las manos metidas en los bolsillos, alzando el cuello de la endeble y raida americana, tiritando de frío y abriendo la boca desmesuradamente, para desentenderse de las enérgicas reclamaciones que, en forma de bostezos, le hacía á cada instante su estómago vacío y desconsolado.

El pobre diablo venía de la redacción de un periódico festivo y encaminábase á un modesto restaurant, con honores de pocilga, situado en una de las calles que afluyen á la de la Montera. El propietario de la publicación acababa de entregarle un duro á cambio de una docena de cuartillas escritas, por una sola cara, sobre la mesa del café entre el estruendo producido por las discusiones de los parroquianos, los gritos del vendedor de periódicos, las manazas del pianista, el palmoreo de los que quieren tomar algo ó pagar lo que han tomado... otros, y las penetrantes risotadas de unos cuantos niños, mejor vestidos que educados, que van á esos establecimientos, en virtud de las complacencias criminales de sus papás.

Bien ó mal, el artículo quedó terminado, y su joven autor, que no tenía más patrimonio que la pluma ni más hogar que el que caritativamente le cedía para pasar la noche un matrimonio pobre, pero honrado; cobró las cinco pesetas consabidas, y se encaminó con toda la ligereza compatible con la debilidad de sus músculos, al sitio en que acostumbraba á comer cuando la situación de su bolsa se lo permitía, pues hay que advertir que, aunque el cerebro del bohemio no tenía un solo instante de repo-

so, las mandíbulas rara vez trabajaban con la debida regularidad.

—¡Caballero!—exclamó una voz triste, apagada, temblorosa—¡caballero!... Mi hijo se muere.... ¡No puedo comprar la medicina que le ha de salvar!...

El pobre diablo se detuvo sorprendido. La que le llamaba *caballero*, sin fijarse tal vez en su aspecto de cesante, era una mujer humildemente vestida, que con una mano sostenía un voluminoso envoltorio y con la otra se llevaba el pañuelo á la cara para enjugar su llanto, ó para ocultar su vergüenza.

No era una mendiga de oficio, no. Eso se conocía desde luego. El escritor sintióse impresionado... Hizo varias preguntas y recibió respuestas acompañadas de sollozos, respuestas que dejaban adivinar una de esas tristes historias cuyos capítulos principales están dedicados al hambre, á la miseria y á la desesperación. Supo que aquel envoltorio que la mujer sostenía á costa de grandes esfuerzos, eran ropas usadas y no admitidas en la casa de préstamos, porque al usurero no le dió la gana de hacer un mal negocio...

¡Y no quiso saber más! Acompañando á la desventurada madre, entró en la farmacia más próxima y allí se estuvo hasta que le despacharon la receta.

Y en tanto que el manco de la botica mezclaba líquidos de varios colores y hacía según arte, el medicamento recetado, el pobre escritor se acordó de su madre, de aquella santa que, en caso de absoluta necesidad, también habria salido á pedir limosna para salvar de las garras de la muerte al hijo de su corazón... Desgraciadamente no llegaría nunca ese caso. ¡Aquella santa dormía el sueño eterno!... Si él caía herido por mortal dolencia, con llevarle al hospital y luego á la fosa común, ¡asunto terminado!

Las lágrimas agolpáronse á sus ojos. Tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad

para obligarlas á retroceder... ¡Cómo! ¿Un escritor que se ganaba la vida escribiendo artículos jocosos, en competencia con Palacio y Taboada, iba á gimotear como si fuera una señorita sensible ó un mál discípulo castigado por el maestro?... Tragó en seco varias veces, y viendo que sacaban la medicina, se apresuró á echar sobre el mostrador de marmol la reluciente moneda de veinte reales.

Recogió la peseta que le dieron de vuelta y salió de allí esquivando las manifestaciones de agradecimiento que la infeliz mujer le prodigaba. Pero ya en la calle le asaltó una idea:— «Tendrá que estar en vela toda la noche... y no habrá comido.» Volvió sobre sus pasos, detuvo á la aflijida madre que, en vez de andar, corría con una botella en la mano y el voluminoso envoltorio en la otra, le dió la peseta y lanzó un suspiro de satisfacción.

La cena de aquella noche se había desvanecido como el humo... ¡Bah! no era la primera vez que esto pasaba ni sería la última. El pobre diablo se encaminó á su chiribitil con las manos en los bolsillos. Una de ellas tropezó de pronto con una pieza metálica. Eran cinco céntimos; ¡todo el capital de que podía disponer hasta que escribiera un nuevo artículo y se le pagaran...

¿Qué es lo que iba á hacer con una *perrachica*? Comprar una caja de fósforos para envenenarse ó un número de *La Correspondencia*

para que su lectura le sirviese de narcótico, Optó por esto último.

Y una vez tumbado sobre el duro jergón, y á la vacilante luz de una vela de sebo, fijó su vista en el periódico, y lo primero que leyó fué el suelto siguiente:

«El acaudalado marqués del Cerviguillo acaba de dar una prueba más de sus magnánimos sentimientos, de su caridad inagotable, entregando quinientas pesetas al párroco de la iglesia de X para que las distribuya entre los pobres verdaderamente necesitados.»

El *bohemio* tiró el periódico y lanzó una estrepitosa carcajada. Acordóse de que el marqués del Cerviguillo, grande de España de primera clase, accionista del Banco, consejero de ferrocarriles, senador del reino y dueño de innumerables fincas urbanas y rústicas, era poseedor de una fortuna calculada en cincuenta millones de pesetas.

El pobre diablo apagó la luz y se sintió orgulloso de sí mismo y á cien codos de altura sobre el señor marqués que, de vez en cuando, les regalaba á los hambrientos una cantidad muy inferior á la que diariamente invertía en sostener el lujo y los caprichos de una *horizontal* de alto bordo.

Y antes de dormirse tuvo un pensamiento de despreciativa lástima para todos los poderosos que dan limosnas mezquinas á fin de tener el gusto de ver sus nombres en las columnas de la prensa diaria.

TOMÁS CAMACHO.

Los versos de Peza

A mi hija Piedad.

Vamos á ver: me dices que me quieres, y á dudarle jamás me atrevería, pues aunque mienten mucho las mujeres, yo sé que tú no mientes todavía.

¿Y cómo has de mentir? Si aunque te cuadre de la mentira la ilusión prolija, jamás engaña con su amor á un padre el inocente corazón de su hija.

Eso lo hacen las almas depravadas, las que indolentes la ternura explotan; pero en niñas cual tú, bien educadas, nobles palabras de sus labios brotan.

En la edad en que estás nunca se miente, por eso creo yo lo que me dices, lo que expresa tu acento balbuciente para hacerme gozar de horas felices.

¡Y gozo en realidad!... gozo y por eso quiero estrechar de nuestro amor los lazos... Acércate hacia mí, ven, dame un beso y el calor que me falta, con abrazos.

Pero al darme ese abrazo, que me imprime en el alma á la par dicha y ternura, recítame algun verso, el más sublime de los que sabes recitar de Peza.

Lo quiero así, porque orgulloso veo que de ese vate que á sus hijos canta,

son sus estrofas tu mejor recreo porque describe lo que á ti te encanta.

Pero nada de bromas; sericita, y con el juicio de tus once abriles, cuéntame algo de Concha y Margarita y de sus lindos juegos infantiles.

Dime algo de aquel Juan, niño valiente, que le ocurre vestirse de soldado, que se pone coronas en la frente de tantas que su padre ha conquistado.

Dime también si el embriagante efluvio del amor de *Bebè* nunca te deja, del rorro aquel que su cabello rubio al de tus blondos rizos se asemeja.

Porque me agrada la infantil historia que, cuando estudias la elección de piano, preludias, entusiasta, de memoria, en el tono que encuentras á la mano.

Pues ya que yo con mis pesares lucho, aunque nadie comprende mi tristeza, hoy que me dices que me quieres mucho, quiero escucharte recitar á Peza.

Y te oiré con afán, con embeleso, pero al dar fin á la moral lectura, vuelve en mis labios á imprimir un beso para que arranques de ellos la amargura.

Que los dolores, por desgracia fijos en corazones que tortura el tedio, en los ósculos puros de los hijos es donde encuentran el mejor remedio.

FRANCISCO V. LARA.



COCINERA ANTIGUA, Cuadro de RAYNAUD

La Costumbre

Lloraste cuando naciste
y al bautizarte lloraste,
también cuando te casaste
muchas lágrimas vertiste.
Lloraste cuando tuviste
con tu esposo pesadumbres
y de lágrimas azumbres
derramaste al enviudar;
hoy en ti, forma el llorar
una de tantas costumbres.

LUIS DE VAL.

Los libros nuevos.

Todos, quien más quien menos, hemos gozado en nuestra niñez del placer que producen los libros nuevos.

¿Quien no se ha sentido en la cumbre de la felicidad al hallarse por la mañana de un memorable día del mes de Enero con que los bondadosos Reyes magos han previsto sus descos dejándole durante la noche á los pies de la cama un tomo de los cuentos de Gim, ó la historia del buen Cadillon?

¡Qué poca pereza de levantaros habeis tenido aquel día! Con qué precipitación os habeis vestido! ¡Cómo habeis querido aprovechar todos los minutos de aquel hermoso día, cual preveyendo ya lo corto que va á ser!

¡Qué rápidas pasan las horas abriendo y cerrando el libro nuevo y no sabiendo qué admirar más, si el hermoso canto dorado, las finas láminas representando las peripecias de Pulgarillo, ó el tomo de taflete encadernado, con letras de oro!

Por mi parte, puedo deciros que uno de los más bellos de mi vida fué un seis de Enero que me trajo con los primeros rayos del sol, la «Historia del gato con botas.»

Era una edición en la que no se había escaseado nada. Las tapas eran verdaderas obras de arte; el papel era recio y satinado, y las láminas—en las cuales podrían contarse todos los colores del arco iris y los suplementarios—despedían un olor particular tan agradable, que me pasaba horas enteras oliendo mi libro.

Alguna vez intentaba descifrar los misterios que se encerraban tras aquellas letras gordas y separadas, y armandome de resolución delectaba en voz alta y apuntando á las sílabas con el dedo: «Un-mo-li-ne-ro-te-nia-tres-hi-jos.....» Al llegar aquí estaba rendido.

Y no se crea que esta facultad que tienen los libros nuevos de alegrar á los niños, sea privativa de los libros de cuentos.

No hay escolar, por desaplicado que sea, que pueda sustraerse á la influencia benéfica de los libros nuevos, aunque éstos lleven en la portada los aterradores títulos de: «Elementos de Aritmética» ó «Gramática castellana.»

Con la apertura de clases y la compra de las obrillas de texto, se determina en todo estudiante una saludable reacción, que por desgracia dura poco.

Durante los primeros días todo es abrir y cerrar el libro nuevo repitiendo entre dientes y mirando al techo:

—«¿Qué es gramática castellana? Gramática castellana es el arte de... de hablar.... (Vueltá á abrir el libro) de hablar y escribir con propiedad el idioma castellano.»

—«¿En cuántas partes se divide la gramática? En cuatro: Analogía.....»

Regularmente no se pasa de ahí. Con el manoseo, el libro nuevo ha perdido su buen cierre y las primeras hojas su blancura.

El encanto está deshecho.

Yo todavía no he podido desprenderme de la impresión que en mí producen las rígidas puntas de pergamino y los flamantes cantos acanalados salpicados de gotitas encarnadas ó azules.

Aun ahora cuando veo esas láminas iluminadas, que generalmente exornan novelas detestables, y siento el olor á tinta litográfica que despide, retrocedo con gusto á los primeros años de mi vida y siento renacer en mí el interés con que seguía las aventuras del «Gato con botas.»

¡Benditos sean los libros nuevos!

JOSE DANUEZA REDOMA.

* TUS RIZOS *

A UNA NIÑA QUE YO ME SÉ

Posees varios hechizos
que te prestan sumo encanto,
mas ninguno admiro tanto
como tus preciosos rizos.

Negros cual la noche son,
y parece que á hurtadillas
besan tus róseas megillas
con increíble fruición.

Yo, á mi vez, por un exceso
de cariño, me deslizo,
y quisiera en cada rizo
ir depositando un beso.

(No te vayas á enfadar,
ni haya por mis besos riña....

Eres aun niña, muy niña,
y bien te puedo besar).

Tú figurarte no puedes,
si en tí sienta amor sus reales,
á cuantos pobres mortales
prenderás en esas *redes*.

Ellos, al cabo, se irán,
pues todos son tornadizos,
mas entre tus lindos rizos
su corazón dejarán.

Cuando un día algún sujeto
que se titule tu amante,
en prueba de amor constante
te pedirá algún objeto,

podrás darle lo que más
te plazca, tu «figie hermosa,
un pañuelo, cualquier cosa
¡pero un rizo nó... jamás!

Pues fuera cosa inaudita
que, por un tipo cualquiera,
destruyese tu tigera
lo que te hace tan bonita.

Y aunque en tí hay otros hechizos
que te prestan sumo encanto,
yo solo te querré en tanto
conserves tus lindos rizos.

JAVIER FLORENTIN

CAPÍTULO DE UNA NOVELA.

Una noche toledana.



RICARDO se hallaba en el último grado de desesperación.

Con el sombrero calado hasta los ojos, la cabeza caída sobre el pecho y las manos metidas en los bolsillos, como si buscara en ellos la solución de su estado aflitivo, se paseaba como un autómata desde la acera del Café Suizo á la calle del Príncipe.

¿A quién aguardaba? A nadie. ¿Qué hacía allí? Ni él mismo lo sabía.

Las cuatro de la madrugada acababan de sonar en el reloj de la Puerta del Sol, y ya nadie transitaba por las calles de la coronada villa á excepción de algún trasnochador que con paso rápido y mirada recelosa se dirigía á su casa en busca del reparador descanso.

Un frío glacial entumecía los miembros, y algunas gotas de lluvia empezaban á salpicar el suelo.

Ricardo, sin embargo, continuaba su paseo sin impresionarse, con la lluvia ni con el frío, sin detenerse, sin volver el rostro, arrastrado, al parecer, por una mano misteriosa, dominado por una influencia extraña. Semejaba una figura mecánica movida por un resorte.

De pronto se detuvo.

A sus espaldas había oído voces alegres y carcajadas de placer.

Aquellas manifestaciones de contento le volvieron á la realidad de la vida.

Varios jóvenes elegantes acababan de salir de Fornos por la portezuela de la calle de Peligros, que no se cierra hasta la madrugada. Tomaron por la calle de Alcalá hacia el paseo del Prado y sus voces y sus risas se perdieron á lo lejos volviendo á quedar todo en silencio profundo.

Largo espacio de tiempo permaneció Ricardo como enclavado en el lugar donde se había detenido para ver pasar á los alegres jóvenes que le sacaron de su ensimismamiento.

Largo espacio estuvo aguzando la vista y el oído para ver la última silueta de sus cuerpos y oír el último murmullo de sus voces.

—¡Sarcasmo de la suerte!— dijo, al fin, en alta voz sin cuidarse de si alguien podía oírle.—¡He ahí unos séres que tendrán esta noche cama donde dormir, que dentro de poco reposarán dulcemente entre finísimas sábanas y bajo tupidas mantas, mientras que yo no tengo donde reclinar la cabeza ni donde cobijarme de la inclemencia del cielo! ¡Habrán comido, habrán cenado y con los estómagos repletos no pueden imaginar que haya un ser tan desgraciado, que extenuado de hambre y de fatiga vague á la ventura por las solitarias calle de la villa, mientras á su alrededor todo duerme y reposa.

Al decir esto, una lágrima, que no intentó contener, humedeció sus enrojecidos párpados.

Volvió á inclinar la cabeza, volvió á sepultar las manos en los profundos bolsillos de su gabán, y comenzó de nuevo su interrumpido paseo. Pero esta vez en lugar de seguir por la calle de Sevilla tomó por la de Alcalá hacia la Puerta del Sol.

Allí se detuvo para mirar el reloj del ministerio.

—¡Las cuatro y media!— dijo con desaliento.—¡Falta una eternidad para llegar el día!

No hay nadie, á no haberse hallado alguna vez en la situación de Ricardo, capaz de comprender toda la amargura, toda la desesperación, todo el terror que encerraba aquella frase.

Después de un día de lucha y de emociones; después de haber recibido desengaños de los amigos, sonrisas

humilladoras de los de arriba, consuelos estériles de los de abajo; después de haber visto con sobresalto pasar las horas del almuerzo y la comida sin poder satisfacer las apremiantes necesidades del estómago; después de haber corrido todo el día inútilmente de extremo á extremo de Madrid en busca de solución al problema de la vida; después de haber apurado el último recurso del ingenio sin conseguir nada, las primeras sombras de la noche tienen una negrura espantosa. Ante ellas se sobrecoje el espíritu, la respiración se hace difícil, los miembros se niegan á obedecer, la razón se embota, el corazón late con fuerza y se piensa sin saber por qué en la soledad de los sepulcros y en la paz de los muertos.

Pero la necesidad dá una energía extraordinaria y el ánimo, aunque abatido, se sobrepone á sí mismo para sobrellevar con entereza los reveses de la suerte.

Si no fuera por esta compensación de nuestro modo de ser, muchas veces caeríamos desfallecidos en mitad de nuestro camino. Muchas veces el espíritu, en medio de su abatimiento, rodeado de escollos y de obstáculos, yergue de repente la cabeza, se contempla, se ve grande, se reconoce fuerte, se hace superior á todas las contrariedades, y con un esfuerzo supremo en que toman parte todas sus potencias, logra vencer al fin ó sucumbe de una vez.

Pero volviendo á nuestro tema.

Las primeras horas de la noche se pasan menos mal.

El infeliz bohemio recorre con paso lento las calles más populosas de la capital. Se detiene delante de todos los escaparates; mira minuciosamente todos los objetos; se entretiene, se para aquí á oír una murga que festeja el santo de un vecino acomodado; se detiene allá á contemplar dos pilluelos que riñen; acullá distrae su atención un vendedor ambulante de quincalla; ora lee los carteles de los teatros hasta el pie de imprenta inclusive, ora se llega á cualquiera de las estaciones á esperar la llegada de los trenes ó se queda absorto delante de las muestras de cualquier tienda. Preguntado á cualquiera de esos desheredados y os dará razón de todo con los más minuciosos detalles. A tal hora, os dirá, cierran tal y tal tienda, tal café está abierto hasta tal hora, tal otro no se cierra en toda la noche; en tal plaza hay bancos para descansar, en esta iglesia se reza de noche el rosario y tiene bancos muy cómodos; los billares de tal café están en un salón muy confortable y en ellos se puede pasar un rato mirando como juegan y hasta echar un sueñecito haciéndose el disimulado. Por la acera izquierda de la calle de Alcalá pasa todas las noches á las diez, un hombre tuerto y compra *La Correspondencia* á un niño manco que se coloca á la puerta del café de Madrid; esta casa la cierran á las nueve; esta luz la apagan á las once; este reloj va diez minutos adelantado, aquel otro está parado desde anteayer; en aquella acera hay ciento noventa y cinco baldosas; esa casa tiene diez balcones, ocho ventanas y dos rejías....

Sería interminable. Y á pesar de todo, las horas tienen para él una duración excesiva. La emprende desde la glorieta de Bilbao, calle de Fuencarral, Montera, Puerta del Sol, calle de Carretas, Atocha hasta la estación del Mediodía y aquel trayecto que en circunstancias normales le cuesta á cualquier hijo de vecino media horita bien cumplida, él lo atraviesa sin notarlo en escasos minutos. Cruza Madrid de Norte á Sur y de Este á Oeste, y cuando creyendo haber consumido gran parte de la velada consulta el reloj de cualquier tienda, se encuentra con que escasamente ha empleado media hora. Entonces se sienta desalentado, pero el reposo no se aviene con la agitación de su espíritu y vuelve á procurar en vano distraerse, mirando escaparates, entrando en los bazares ó haciendo estudios fisionómicos en los rostros de cuantos pasan por su lado. «Ese tiene cara de ladrón, aquella mujer debe de ser muy sensual, este por fuerza ha de ser un glotón, ¡quién sabe si ese niño vendedor de periódicos llegará á ser ministro! Y así en tan inocentes ocupaciones, pasa el tiempo y entretiene el hambre, y el cansancio, y la desesperación.

A las últimas horas de la noche se dirige casi siem-

ELECCIONES, por Santos



—Se bebe uno un vaso de vino, le dan una papeleta y... y se duerme la mona en cualquier parte. Si esto no es ser ciudadano que venga el Nuncio y lo diga.

—Puede V. estar segura de que si V. se dejase votar... la votaria
 —¿De veras?
 —¡Como que V. es la que mejor podria hacer dichoso al pais.
 —Oh! Esa es mucha gente...



—«A los republicanos» «¡A los fusionistas» «A los demócratas» «¡A votar!» Pues señor, si que está amena la prensa del día.

Santos



—¡Cinco votos! Y para esto se sacrifica uno por la patria; para esto expone uno su dignidad, para esto... etc., etc., etc....

(Un candidat.)

DE CAZA, por Lepe



Y en esta disputa
llegando el conejo,
se va muy tranquilo
por lo alto del cerro.

Como yo legre extraviarme de
la comitiva, ya se encargará
Arturito de hallarme en lo más
hondoso del bosque.



Manuela me ha dicho
que no me mueva hasta
que vea pasar el jabali,
sin preocuparme para
nada con el tiempo.



En las redes del amor
ambos á dos han caido
cazadora y cazador,
y buscando van su nido.



Dos veces me han alcanzado á mí los perdigones

LEPE

pre á la salida de los teatros y allí arrimado contra el quicio de la puerta vé desfilar la gente alegre que sale comentando la ópera, la zarzuela ó el drama; vé desfilar los lujosos carruajes, cruzar junto á él elegantes y hermosas mujeres que hacen latir su corazón; pero ellas ni siquiera le ven, en cambio sonríen y suspiran á atildados sietemesinos de perfumados cabellos y cerebro huero y que otro mérito no tienen que haber nacido en cuna de oro.

En cambio él, que tiene una imaginación capaz de concebir lo más grande y lo más sublime y un corazón de sensibilidad exquisita, está allí olvidado contra el quicio de una puerta como un mendigo ó un vagamundo, sin haber comido aquel día ni tener á donde ir á descansar aquella noche. Todas estas reflexiones se las hace él mismo, mientras á través de las lágrimas que empañan sus ojos vé aquel mundo de felicidad que desfila ante su vista.

Las horas que siguen son las más tristes.

Las calles van quedando desiertas, los cafés se cierran, el frío aumenta, las sombras se hacen más densas y el desdichado se encuentra solo, en medio de una populosa capital que duerme.

La gente y el bullicio le hastian; la soledad y el silencio le aterran.

Por eso y por ser las últimas, las horas que restan hasta el amanecer son las más largas.

¡Cuánto se reflexiona en esas horas, cuánto se piensa! ¡Qué caudal de ciencia social y de conocimiento del corazón humano se adquiere!

¡Qué carrera tan costosa la de la experiencia, pero qué fructífera!

En esas soledades y en esas amarguras se forman los grandes caracteres. Allí se forman los escépticos y los ateos; allí nacen los soberbios, allí empiezan los magnánimos.

En esas soledades y en esas amarguras se forman los proyectos atrevidos y las empresas gigantescas. Allí se conciben las grandes revoluciones; allí se aprenden las ruidosas reformas; allí se estudian los grandes cuadros y se bosquejan los grandes libros.

En esas soledades y en esas amarguras se forman muchas veces los colosos de la historia.

Pero... sigamos á Ricardo.

Después de mirar la hora en el reloj del Ministerio y de lanzar aquella exclamación de angustia, continuó avanzando hácia la calle Mayor.

Al llegar frente al vasto edificio en donde están instaladas las oficinas de la *Correspondencia*, se detuvo á contemplarlo y pensó:

—He ahí un hombre que se ha levantado de la nada á fuerza de energía y de constancia. ¿Por qué no he de hacer yo lo mismo?

Se refería á don Manuel Santana, fundador del popular diario de la noche.

Pero acaso,—pensó luego,—¿se habrá hallado jamás en situación tan desesperada como la mía?

¡Siempre nos parecen nuestras desgracias mayores que las ajenas!

Pasó de largo y al llegar al viaducto de la calle de Segovia, volvió á detenerse.

—He aquí,—pensó de nuevo,—el remedio de todos mis males. ¡Un minuto de valor y todo habría terminado!.... Pero ¿qué sería de mis proyectos de gloria? ¡Quién sabe el porvenir que me está reservado!... Mañana cuando Madrid despertara, las gentes del pueblo me hallarían deshecho en mitad del arroyo. Algunos se compadecerían de mi desgracia, otros harían mofa de mi cobardía, los más se apartarían con repugnancia. Los periódicos darían cuenta de mi muerte con un suelto vulgar y al día siguiente mi nombre habría sido borrado para siempre de la memoria de los hombres. ¡Nunca!.... ¡Sucumbiré en la lucha, pero quitarme yo la vida, jamás!....—Y con un movimiento rápido torció hácia la plaza de Oriente.

Allí volvió á detenerse ante el palacio Real, lo contempló un momento en silencio, lo midió con la vista, y luego inyectados los ojos en sangre y pálidas las mejillas, levantó el puño crispado hasta la altura de la frente, y ruyó:

—¡Ah!...

¿Qué quiso decir con esto?

Sería necesario todo un libro para explicarlo.

Pero como si, cual el Judio errante, una voz misteriosa le gritase siempre á las espaldas: ¡anda! ¡anda! prosiguió su interminable paseo en derechura á la plaza de Isabel II y de allí por la calle del Arenal á la Puerta del Sol otra vez.

Ya comenzaba á amanecer y los vendedores de café con leche y de buñuelos colocaban sus tinglados aquí y allá.

Los barrenderos de la villa con sus descomunales escobas al hombro acudían á su trabajo y empezaba á notarse ese movimiento animado y típico de la población obrera, que es la primera en despertar.

Ricardo saludó con placer los primeros albores del nuevo día.

El sol asomando por el horizonte le anunciaba un nuevo día de prueba, un nuevo día de lucha; pero también un nuevo motivo de esperanza, de ese don del cielo, panacea de los desgraciados.

V. S. CASAÑ.

—O—

X.

Ojos brillantes, boca pequeña, nariz muy recta, la piel muy blanca, la voz muy débil, los piés pequeños, el cuerpo esbelto, bonita cara, orejas chicas, dientes blanquitos, amable, amiga de estar en casa, muy cariñosa, muy zalamera, en sus caricias es extremada, os juro, amigos, que así con ella si ser pudiera, yo me casara, pero ¡ay! la suerte me lo ha impedido, me lo ha impedido mi mala estampa, pues la hermosura, que así reúne tan buen conjunto, prendas tan gratas y condiciones que tanto valen no es una jóven, sino.... ¡una gata!

FERNANDO ROMERO GONZALEZ.

—O—

Caza menuda.

Diálogo entre psicólogos.

—A ver cuando tendré el gusto de hallarle á V. casado.

—Nunca. He observado que la mujer capaz de hacer nuestra felicidad, no la encuentra nadie hasta el día siguiente de su matrimonio.

Había en un pueblo una Dolorosa que tenía las lágrimas que corrian por sus mejillas, de brillantes. Un limpiador de iglesias de esos que andan robándolas un día sí y otro también, le quitó los brillantes. Por un milagro que hizo la virgen, sin duda, trincaron al ladrón.

El juez le dijo:

—¿Tú has robado á la virgen?

—No señor, no he hecho más que enjugarle las lágrimas.

La familia de un gitano estaba con otras de *juerqa*, y la suegra de aquel dijo:

—En mi casta, el que menos vive cien años.

El yerno tiró la cuchara y gritó:

—Mardesio sea er mengue, ¿y por qué no me dijo usted eso ántes de casarme?

El periodista X tiene fama de ser un portento en materia de averiguar con prontitud los escándalos más ocultos, por lo cual gana sueldos fabulosos y es la envidia de sus colegas.

—¿Cómo diablos te las compones, le preguntó un compañero, para saberlo todo tan aprisa y bien?
—Pues muy sencillo, contestó el interpelado: mi mujer goza de grandes simpatías en el mundo clerical y además le asigno la mitad de mis beneficios.

PREGUNTAS SUELTAS:

- ¿Cual es el negro más precioso?
- El de los ojos de mi nena.
- ¿Y la baba más inmundada?
- La de un crítico de oficio.
- ¿Y la cosa más chocante?
- Mañé y Flaqué en calzoncillos.
- ¿Y el almanaque mejor de todos los habidos?
- ¡Claro! ¿cual ha de ser? el que está preparando

BARCELONA CÓMICA.

¿PORQUE?

Yo tenía una novia, guapa chica, la amaba con furor; un día, por sorpresa la di un beso y..... me dió un bofetón.

Pasaron quince días, á otra bella mis trinos dirigí; cierto día la di un beso y ella... me dió otro á mi.

¡Me quiere con el alma, me idolatra!!! loco de amor grité, y al cabo de dos meses delirante con ella me casé.

Desde entonces ¡oh suerte desgraciada! un año transcurrió.
¿Porqué, cual la primera, al darla un beso no me dió un bofetón....?

VERLIO.

VAPULEOS

En el condado de Hudsón, Nueva Jersey, ha fallecido una señora, llamada Fauc Mac-Giers, que se casó pesando 118 libras y ha muerto con 401 á los 52 años de edad, dejando tras sí once hermosas criaturas.

Del esposo no se dice nada y me lo explico perfectamente...

No el esposo, sino el silencio que se guarda sobre él.

Porque del cuero salen las correas y del marido de esta sílfide han tenido que salir las 283 libras que ella ha ganado durante el matrimonio.

Ella podrá haber sido la mujer más obesa de este mundo; pero su... buen marido ni con candil encontrará segundo.

Dando cuenta un periódico, de la detención de un sugeto, dice:

«...siendo recuperados dichos artículos en la casa del detenido, más una navaja de muelle de grandes dimensiones.»

Es decir que la navaja no era la de grandes dimensiones, sino el muelle.

Con esta redacción cualquiera cree que este suelto está escrito por Fabié.

De otro colega:
«...cogiendo un ladrillo de una obra cercana, inferia al cabo José Tuderini una herida en la frente de cierta gravedad.»

Es decir que lo grave no era la herida; la grave era la frente... ¡quién lo diría!... ¡qué atrocidad!... El suelto parece hecho por Tetuan.

Recorte:
«Desde el muelle de la Sendeja cayó ayer á la ría una mujer que fué auxiliada rápidamente sin ningún contratiempo.»

¡No es contratiempo caer en un río!... ¿Qué dirá á esto Fernández Grilo?...

—¡Luisa, Luisa, Luisa mía... dame un beso!...
—¿Para qué lo quieres?
—¡Para, para, para... engordar con la satisfacción de que me lo has dado!...
—¡Ah!... ¿Luego se engorda?.. Ya no te lo doy...

MARTINEZ PEREZ.

CORRESPONDENCIA

A. L.—Irán dos. La colección completa le costará cuarenta reales.

E. M.—Estimando.

D.—Si la mandara V. corregida y con la firma... ¡Puede!

M. M. G.—Muy bonita, muy bonita! La letra, se entiende. Lo demás, hijo mio, no resulta.

M. T.—¿Usted no se ha enterado todavía de lo que es ripio? Pues yo se lo diré á usted:

Ripios son, en la composición que usted me manda, el *yá* del 5.º verso, el *vistosos* del 7.º, el *mayormente* del 17, todo el verso 18, el *chipén* del... no sé cuantos y la mar de ripios que me falta paciencia para ir mencionando Además, «No seas pelmazo, di qué és», «es que es un barbian superior» y otra porción de ellos, no fueron nunca versos octosílabos ni se les ven por ningún lado la punta ni la contera, ¿verdá usté? pues, ¡aliviarse!

L. G.—No es que sean malos, pero usted los stete hacer mejores y sería una lástima poner estos en el almanaque. Haga usted otros que todavía llegarán á tiempo.

¡No sem passeigi! Barcelona.—Vamos, no; usted parece ser buen chico, y lo único que me permito aconsejarle es que compre el *Arte de hacer versos* de Antonio Trueba. ¿Quiere usted más?

J. F.—No me decido á insertarlo. ¿Si consistirá en que soy yo descontentadizo de mí?

J. C.—No debe usted publicar nada todavía.

F. O.—Resulta largo. Está á su disposición.

P. Lele.—No sé si usté ha notado señor P. Lele, que no hago yo el periódico con papel verde, y que esas cosas, no son las que acreditan el BARCELONA.

REVOLTIJO, por Santos



—Para ser orador dicen que es preciso poseer buena voz, elocuencia y arrogante figura. Lo que es la última cualidad no hay quien me la dispute.

—¡Otra que Dios! Pues no es más grande Barcelona que Hija?

—¿Qué demonios habrá querido decir Mariquita, con eso de que se pirra por los pequeños?

✦ ANUNCIOS ✦

CORRESPONSAL
DE
BARCELONA CÓMICA
EN LA ISLA DE CUBA
Señora Viuda de Pozo é Hijo
Galería Literaria
Calle del Obispo, 55.—Librería
HABANA

AGENTE Excl-
sivo en
Madrid para la venta de Bar-
celona Cómica,

D. Julian Rodriguez

Kiosko de la Universidad,
Plaza de Santo Domingo.

FRUTA DEL TIEMPO
Colección de versos alegres,
por el conocido escritor *D. Carlos Cano*; precedidos de una carta
de Manuel del Palacio.
Véndese en esta administra-
ción, Hospital, 100 y 102, al pre-
cio de pesetas 1'50 el ejemplar.

LA ESCENA

Revista literaria, artística, teatral
Fundada por la Agencia Hispano-Internacional de Teatros, Circo
y Conciertos

de ESPEJO, NOGUES y C.^a

Dou, 11, entlo.—Barcelona.

Centro de contratación de Artistas de todo género.—Se forman com-
pañías de ópera, zarzuelas, declamación, baile, canto al piano, canto y baile
llamenco, circo y conciertos, con arreglo a todos los presupuestos desde
el más módico al más elevado. Se facilitan figurines y bocetos de decorados
y se gestiona el arriendo de teatros.

IMPRENTA

DE

PEDRO ORTEGA.

4, Palau, 4.

En dicho establecimiento se
hacen toda clase de trabajos
con prontitud, perfección y eco-
nomía.